

escenas de amor, las iras celestes, aquellas que arrasaron a Sodoma, nada fueron si se las compara con las que se desataron sobre el joven. ¡Cataclismo! ¡Cataclismo!

¿Yerno de doña Luz? ¡Eso, jamás! ¿Esposo de la rubia Sofía aquel abogado semi-mulato de ninguna valía? ¡Nunca!

Y llovieron disgustos sobre la familia Linort. Ríos de llanto tornáronse los encantadores ojos de la niña apasionada. Don Jaime, tío de ésta, iracundo plantó a Paquillo en la puerta hablando de raza, osadía, estirpe, imposibles...

Nada lograron la intervención de parientes respetables ni los consejos razonables del padrino de Sofía, honradísimo sujeto que veía en Mendel al tipo del hombre correcto, merecedor de la mano de mujer más blanca y mejor pulida. Por último, el Padre Colan, director espiritual de la familia, intervino también con la misma desdicha...

—No y no!—decía severo el tío—. Ese inservible pasará antes sobre mi cadáver!

—Primero querría verla muerta—, agregaba doña Luz.

—Absurdo, imposible!—decían los hermanos.

—Imposible—repetían los criados.

—¡Imposible!—repetía el eco de la vieja casona.

Sólo doña Rosa, madre de doña Luz, septuagenaria que abundaba en dulzura y en lógica tanto como en días vividos, aventuró observaciones cierto día:—Dejá, Luz, que se case la niña. No es malo Paquillo. La raza, hija; la raza... no se debe tener muy en cuenta...

Y sucedió entonces que doña Luz bufó. La cólera la violó el rostro. De su boca brotaron frases rudas, groseras, horribles. Parecía un pirata sobre la cubierta de su barco en fuga después de un golpe poco certero.

Su madre se asustó. Temblando, acurrucada en su sillón calló y principió a repasar las cuentas de ébano de su viejo rosario, mirando y mirando a su hija...

• •

Cuando Villapinar era un modestísimo caserío en donde nadie soñaba con caminos de hierro, cuando los campos que le rodeaban eran únicamente zarzales y su régimen policivo estaba aún por establecer, existía en sus cercanías un célebre bandido que si no tenía como los de Sierra Morena, gruta, cuadrilla ni tesoros, sí poseía un valor salvaje y la crueldad suficiente para ser temido por grandes y pequeños. El Manolo—, su nombre de guerra—, contaba fechorías por

docenas, y con la misma facilidad desplumaba un ave sustraída en cualquier cercado, que suprimía a golpe de puñal, de sable o de garrote, la vida de cualquier prójimo que por desgracia se cruzara en su camino.

Era aquel hombre de buena facha, aunque del todo montaraz. Sin ley ni Dios que refrenara sus instintos de fiera, merodeaba por los arrabales y montes de Villapinar. Más de una vez fueron víctimas de sus violencias las incautas campesinas que al brillar el alba entraban al poblado conduciendo su pobre comercio de frutas, aves y legumbres para el mercado.

Algunos inviernos contaba ya el Manolo, y sus hazañas un tanto olvidadas andaban, cuando un día, rico en luz de sol y aromas primaverales, una gira de campo le dió ocasión para efectuar con audacia y valor dignos de un Dios mitológico, un soberbio golpe donjuanesco. Una virgen morena de arrogante juventud, pertene-

ciente a la *élite* de Villapinar, cayó entre las manos del bandolero.

.....
Doña Rosa en uno de sus últimos días contó esta historia antigua a doña Luz, y agregó:

—Yo tenía veinte años cuando me aconteció esa atroz desgracia... ¡Horror! ¡Ese recuerdo! Mi matrimonio con mi santo y generoso Jorge estaba concertado ya. Se efectuó pocos meses después. Pero tú... tú... mi primera hija... tú...

Doña Luz cortó el relato de su madre con un grito agudo y desesperado. Después, sin iras, sin reproches, lloró... y doña Rosa, la anciana septuagenaria que abundaba en lógica y en dulzura tanto como en días vividos, lloró también. Sus dedos enjutos pasaban y repasaban las cuentas de ébano de su viejo rosario...

LYDIA BOLENA.

1910.

Credo del caminante

Para el REPERTORIO AMERICANO

Nada detiene al corazón divino y a la inteligencia humana. La ignorancia tenebrosa y hostil, se justifica, única enemiga!

y un halo de esperanza tiñe en rojo las sombras!

Tener el alma abierta a los impulsos todos del mundo: ser dócil ante las muchedumbres, fuerzas vigorosas sobre la tierra, dinamicidad del espíritu de los tiempos, y tener admiración por los solitarios, fuerzas cósmicas, inyecciones de futuro en la mediocridad superior de los tiempos!

Y en vez de leones huraños en la cueva sin fin de las pasiones personales, ser espectadores viajeros en los paisajes de espléndidos horizontes; y así la ciencia y la filosofía y el arte se abren a nuestros pasos como graderías sucesivas de la cosmogonía de lo cotidiano, que es decir, de lo eterno!

Ver por encima del bien y del mal, es verlo todo; elegir lo mejor, es adquirir poder de dominarlo todo!

Emplear la fuerza bruta en las contiendas del progreso, de la historia un hecho es, y vergonzoso: no una Ley. Lo de arriba arrastra a lo de abajo: todo tiende a subir. En vez de la fuerza bruta, el artificio; el artificio revela inteligencia, y el progreso, obra de la inteligencia es.

La humanidad, caldeada, no admite ya inocencias: quiere luz, quiere vigor, quiere hombres despiertos, no pedazos de carne estancada.

Y he aquí la labor de los hombres futuros: guiar su corazón, su corazón encantado y entusiasta y lleno de esperanzas, seguro de la existencia de las fuerzas anímicas de la Naturaleza, poseído del alma que alienta todo aquí sobre la tierra y en los espacios, guiar ese corazón y esos convencimientos inteligentemente: poniendo a su servicio los medios de los tiempos, atrayéndolos a todos hacia sí, amigos y enemigos, poniendo en el nivel de los demás el peldaño que les falta para ser superiores!

Sustraerse a la edad en que se vive es cobardía; o es impotencia; o es falta de una clara visión de las cosas: porque todo es continuidad y en el instante están el pasado y el porvenir!

Y emplear la violencia contra la pasión es haber sido antes indignos; y renegar del engaño de los demás o de su incuria, es haber sido torpes; y atribuir al destino nuestros propios fracasos, es no ser consecuentes!

Porque todos los seres tienen su razón de ser como son; y con un poco de amor en el pecho, sentiremos la vida íntima de los demás, con sus imperfecciones, con sus facultades, con sus dones excelsos.

Y así, en la plenitud de la propia conciencia, el hombre vé en todo una sucesión de categorías, y no habrá para él más muralla que se le oponga ni más fuerza que le resista, sino las que le impidan perder el rumbo de su perfeccionamiento.

RAFAEL ESTRADA